

JOSÉ LUIS DÍAZ CABALLERO

**SUDOR Y LLUVIA  
TRAS EL FIN DEL  
MUNDO**



Macleín *y* Parker

**Primera edición**

Abril de 2018

**Del texto**

© José Luis Díaz Caballero, 2018

**De la portada**

© Beatriz López Gallego, 2018

[www.behance.net/beatrizlopezgallego](http://www.behance.net/beatrizlopezgallego)

**De esta edición**

© Macleín y Parker, 2018

Pasaje Lagunas de Ruidera, 6

41701 Dos Hermanas, Sevilla

[www.macleinyparker.com](http://www.macleinyparker.com)

**Edición y corrección**

Cecilia Ojeda y Antonio Abad (Macleín y Parker)

**Diseño de la colección y maquetación**

Antonio Abad (Macleín y Parker)

**Impresión**

Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Papel interior: Coral Book Ivory 1.2 de 90 g/m<sup>2</sup>

Papel de cubierta: Acquerello Avorio de 240 g/m<sup>2</sup>

ISBN: 978-84-948261-2-2

Depósito Legal: SE-490-2018

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

*A Mereces y José Luis, por abrir mis ojos al mundo*  
*A Ele, por enseñarme a resistir*

Soy pesimista en cuanto a las posibilidades que tengo, pues he notado que la gente tiende a crecer según las características iniciales.

JOSEPH HELLER, *Algo ha pasado*

SUDOR

7

DIARIO EL INDEPENDIENTE

15 de febrero de 2016

ELLA

RAMIRO OLMOS

Ella no era distinta. Tenía estudios, seguridad laboral (era funcionaria del Ayuntamiento de Madrid) y, posiblemente, tenía más recursos que la mayoría de víctimas.

El agresor tampoco era distinto. Educado, amable, un buen padre y, por supuesto, un buen marido. Una familia que podría vivir en la puerta de al lado, a la que podríamos saludar cada mañana al pie del ascensor.

Y, de nuevo, el drama de una vida mutilada, de unas hijas huérfanas y lastradas para siempre, de un asesino que negará la evidencia, que reiterará ante el juez lo mucho que la quería, o que sus actos viles y despreciables fueron fruto de la enajenación.

Si ella tenía nombre y apellidos, él también los tiene: nombre y apellidos y no solo iniciales. Y esta es, como sociedad, nuestra única arma: sus malditos apellidos manchados de sangre.

CARLOS

Cuando vi a mi padre en la cama del hospital, y supe que esa misma noche moriría de cáncer, tuve miedo de ir a la cárcel.

Jaime preguntó por qué.

Porque me violarán, porque me contagiarán el sida, porque me negarán la medicación, porque se me pudrirán los huesos, porque quemarán mi colchón y dormiré en el suelo, porque deliraré, porque Julia me abandonará, porque moriré, y porque, después de muerto, incinerarán mi cuerpo sin testigos.

—Te pregunto por qué piensas que irás a la cárcel —dijo él al pie de la cama.

Apoyé mi frente en el cristal de la ventana, cerré los ojos y balbuceé.

—Tienes miedo porque has vuelto a jugar.

Jaime sentenciaba siempre a media voz. Palabras que nacían y morían trituradas, sin doble fondo. Recuerdo la sombra del *whisky* en sus encías. Él, alcohólico incorregible, aleccionando a un hermano que se moría por jugar al

póquer. Agradecí que mi padre no pudiera vernos. Dormía. El médico había aumentado la dosis de morfina.

Jaime pronunciaba la palabra *metástasis* como si fuera un experto.

«Qué hijo de puta», pensé.

Quise preguntarle, delante de mi padre, cuándo se había tomado la última copa, o por qué adelantaba el luto vistiendo traje negro.

—Dime, ¿has vuelto a jugar?

Se sentía incómodo. Incómodo conmigo, incómodo con los médicos e incómodo con el cuerpo agónico de mi padre. Hubiese preferido estar en un bar, alejado de escenas sórdidas y evitables. Según él, había vuelto a jugar buscando un *sí*.

La muerte de mi padre suponía para ambos un punto de inflexión. Y si Jaime buscaba mi rendición, bastaba con resucitar aquella noche. Fue su tono paternalista y no la traición de mi padre la causa del odio. Habló como si hubiera estado en la esquina del soportal, con el fajo en la mano, preguntándome si tenía heridas en el estómago.

El médico entró por última vez; dijo que no podían bajarle la fiebre. Perdí el hilo de la conversación. Lo perdí con una facilidad casi obscena. Mi mente estaba en el salón teñido de verde que nunca debí conocer o que nunca debí abandonar.

El preludeo de una partida de póquer tenía para mí un halo de clandestinidad, quizá por todo lo que hacía para acudir y me estaba prohibido: mentir a Julia, aunque ella

sospechara la verdad, o pedir en el banco préstamos personales, intuyendo que no iba a devolverlos.

Antonio (ni siquiera recuerdo el apellido) organizaba la partida. Una más de las muchas que había jugado con reglas *Draw*. La diferencia es que llevaba mucho dinero, concretamente trece mil euros, y el reloj que me regaló mi abuelo poco antes morir. Lo había guardado en una caja de madera que llevó al hospital. Vi la rojez de sus yemas. No podía asir la cadena, ni tampoco hablar sin aquella mueca dormida y llena de saliva.

Dos horas después, el tapete y todo cuanto circulaba en él se abalanzaron sobre mí. Fichas rojas y blancas. Billetes marcados. Quise mirar la hora y no pude. Un tipo escuálido al que le faltaban varios dientes me dijo que eran las tres y diez.

¿Conseguiría de una vez la escalera de color?

Se repartieron las cartas. Las doblé por la mitad y miré alrededor de la mesa. Me detuve en los labios de un jugador que bebía *bourbon*. Después solo vi muñecas. Todas ellas —la mayoría velludas y obesas— lucían sus respectivos relojes. Al mío le habían dado un valor ridículo. Poco más de trescientos. Supe que iba a perderlo cuando lo dejé en medio de la mesa.

No me equivoqué.

—Necesito jugar una última mano —dije.

Todos me miraron, incluido Antonio.

—No es la primera vez que juego con vosotros —insistí—. Si pierdo, prometo que pagaré mi deuda.

Antonio tenía su papada marcada por la viruela. Era repugnante. Hundió su mano en aquella faja de carne y sonrió.

—No puedo irme sin el reloj. Solo te pido una última mano.

Vi cómo alzaba el reloj y lo dejaba bailando entre sus dedos.

—Esta mierda no vale los trescientos euros —dijo.

Alargué la mano sin pensarlo. Intuí que podía arrebatarse el reloj si lograba engarzar un par de dedos en la cadena. Tiraría de él y saldría corriendo.

Me equivoqué.

El reloj cayó en la mesa. Alguien emergió por sorpresa y se lo guardó en el bolsillo.

—¡Devuélveme el reloj! —grité.

Al abalanzarme sobre él, Antonio me agarró la mandíbula y apretó con fuerza; llegué a sentir un chasquido en el paladar. Sus dedos amoratados olían a colonia. Luego me soltó; caí sobre mi silla sin poder respirar.

—Te podría haber arrancado la cara. —Me puso la mano debajo de la nariz. Tenía cicatrices de tabaco y una corona cetrina en la uña del pulgar—. Lárgate de aquí y que no se te ocurra volver.

Aún no me explico por qué sonreí con aquella frialdad, diría que indolencia, mientras me frotaba la mandíbula.

—¿De qué te ríes, hijo de puta? —dijo Antonio.

—De nada —respondí—. Ahora mismo me voy.

No me iría sin el reloj. Y no es que me importase su valor económico o el hecho de que tuviese todavía el olor corporal de mi abuelo. De algún modo concebí mi muerte —una muerte alternativa, más intensa que la física— si renunciaba a él y me marchaba.

El *ayudante* de Antonio se dio la vuelta.